



EPÍSTOLA ENCÍCLICA
DE JESUCRISTO REDENTOR
LEON p. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

AUN cuando los fieles que, cuidándose principalmente de la vida futura, están atentos á su salvación, se ven rodeados de cuidados y zozobras, por ser muchos ó inminentes los peligros que amenazan su vida, tanto en el orden público como en el privado, no desmayan, sin embargo, teniendo aún en estos calamitosos días del siglo XIX alguna esperanza y algún consuelo.

Y no se crea que nada importan á la salvación de las almas el pensamiento constante de la otra vida y de las cosas referentes á la fe y á la piedad cristiana: hechos á los que no es posible negarles asentimiento, demuestran que estas virtudes se han de confirmar y corroborar con más ahínco que en otros, en los tiempos que corren, pudiendo servir de saludable ejemplo el que, á pesar de los mil halagos del siglo y de tantas ofensas á la piedad como se ven por todas las parses, una inmensa multitud de peregrinos de todas las naciones acuden á la sola indicación del Pontífice para prosternarse ante los sepulcros de los santos Apóstoles; y todos, ya pertenezcan á esta ó la otra categoría social, dan claras muestras de su religión; y confiados en la indulgencia que les ofrece la Iglesia, buscan con tierna solicitud la manera de conseguir la bienaventuranza eterna.

¿A quién no llaman la atención estos hechos que están á la vista de todos, y á quién no enfervorizan el ánimo, más que de costumbre, para con el Salvador del género humano? Digno es, en verdad, de los mejores tiempos del cristianismo este sublime ardor de la fe cristiana en tantos miles de

hombres que, con una sola voluntad y una sola idea invocan el nombre de Dios y pregonan las alabanzas de Cristo desde un confin al otro de la tierra; pues ciertamente que á estas como llamaradas del fervor religioso, ha de seguir un formidable incendio; tan heróico ejemplo no puede pasar inadvertido y ser indiferente á los demás. ¿Qué cosa más necesaria y más conveniente en estos días que restablecer ampliamente en los pueblos el espíritu cristiano y las antiguas virtudes?

Es peligroso y malvado hacerse sordo á estos llamamientos, mucho más, cuando son tan abundantes en número, y cuando desoyéndolos se desoyen y desprecian los medios que influyen en la renovación de esta piedad: *si sciret donum Dei*, y si considerasen que nada puede haber más miserable que el apartarse de las enseñanzas del Libertador del mundo y el abandonar las costumbres é instituciones cristianas, indudablemente resucitarían y procurarían huir de una muerte tan segura y horrible. Ahora bien; el defender y propagar en la tierra el reino del Hijo de Dios y el esforzarse á que los hombres se salven con la comunicación de los divinos beneficios, es precisamente misión de la Iglesia, y tan grande y tan exclusiva de ella, que en esta obra consiste principalmente toda su autoridad y poder.

Nos hemos procurado hasta el día, de una manera difícil pero con gran solicitud y en la medida de Nuestras fuerzas aquel beneficio en el ejercicio de Nuestro Pontificado: y vosotros, oh, Venerables Hermanos, en lo que os toca habeis obrado también de este modo, y aun habeis consumido en esta obra juntamente con Nos, todos vuestros pensamientos, vigiliias y trabajos; pero ante las circunstancias actuales, debemos redoblar Nuestros esfuerzos y propagar ahora, con ocasión del año santo, el conocimiento y amor de Jesucristo enseñando, persuadiendo y exhortando, si es que han de escuchar Nuestra voz no tan sólo los que reciben siempre docilmente las enseñanzas cristianas, sino también aquellos desgraciados que llamándose cristianos, viven sin fe y sin el verdadero amor de Dios, Nuestro Señor, de los cuales nos compadecemos grandemente, queriendo atender á ellos de modo expreso para que sepan lo que han de hacer y á dónde han de ir si hacen caso de Nos y no Nos desatienden.

El no haber conocido nunca á Jesucristo es una gran desgracia, pero desgracia, al fin, que no envuelve ingratitud ni maldad; mas el repudiario ó olvidarlo, ya conocido, es un

crimen tan nefando y aborrecible, que parece no puede darse en el hombre; pues Cristo es el origen y el principio de todos los bienes, y el género humano, así como no pudo ser redimido sin su preciosísima sangre, así tampoco pudo ser conservado sin su divino poder. *Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri* (1).

¿Qué vida será la de los mortales que arrojen de sí á Jesús, que es la virtud y la sabiduría de Dios? ¿Cuáles serán las costumbres, cuáles los excesos de aquellos hombres que están privados de la luz del Cristianismo?

Reflexionando un poco sobre estas cosas, entre las cuales se cuentan la obscura ceguedad de la mente, de que habla San Pablo, la depravación de la naturaleza, el libertinaje y el cúmulo de supersticiones que lo inficionan todo, á la vez se siente en el ánimo la compasión y el horror, estando esto en la conciencia del vulgo aunque no medite y reflexione sobre ellas con el detenimiento que merecen. No arrastraría á muchos la soberbia, ni la desidia enervaría sus buenos propósitos si se guardaran en la memoria los inmensos beneficios que debe el hombre á Dios, evocando con frecuencia en su ánimo de dónde lo sacó Cristo y hasta qué punto lo ha ensalzado.

Desterrado y desheredado por tanto tiempo el linaje humano, día por día caminaba hacia su destrucción y ruina, envuelto en aquellos males y en otros que trajo consigo el delito de nuestros primeros padres, sin que en lo humano cupiera remedio á tantas desgracias, hasta que apareció, bajado del cielo, el Libertador del género humano. Cristo Señor, con cuya venida se vió cumplida la promesa del Eterno, hecha en el principio del mundo, de que vendría á la tierra el Vencedor y Dominador de la serpiente y Restaurador de la dignidad humana, por lo cual las generaciones sucesivas miraban su venida con gran expectación y deseos.

Los ojos fijos en Él, el pueblo había entonado, durante mucho tiempo y con toda solemnidad, las profecías de los sagrados vates que con anterioridad habían significado distinta y claramente los varios acontecimientos, las hazafías, las instituciones, las leyes, las ceremonias y los sacrificios del pueblo elegido, diciendo además que la perfecta y absoluta salud del género humano radicaban en Aquel que

(1) Act., IV, 12.

había de entregarse como Sacerdote futuro y que había de ser la víctima de expiación, el Restaurador de la libertad, el Rey de la paz, el Doctor universal y el Fundador del imperio que permanecería en pie mientras durasen los siglos.

Con estos signos, estos vaticinios y estos títulos, tan varios en la forma, pero tan congruentes en el fondo, era designado Aquel que, por la excesiva caridad con que nos amó se había ofrecido para nuestra salvación. Por tanto, como llegase el tiempo de realizarse el divino decreto, el unigénito Hijo de Dios, hecho hombre, satisfizo ubérrima y cumplidamente con su sangre al Dios ofendido por los hombres, y reivindicó para sí al género humano, á tanto precio redimido. *No estais redimidos por el oro y la plata corruptibles, sino por la preciosa sangre de Cristo, que es como la de un cordero inmaculado é inocente.*

Y así, redimiendo verdadera y propiamente á todos los hombres ya sujetos á su imperio y potestad, puesto que Él mismo es su creador y conservador, los hizo de nuevo suyos. *No os pertenecéis, pues que habeis sido comprados á gran precio.* De aquí que todas las cosas fueron restablecidas por Dios en Cristo.

El arcano de su voluntad, fundado en su mero beneplácito por el cual se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas.

Y como Jesús borrara el documento de aquel decreto que era contrario á nosotros, fijándolo en la cruz, las celestiales iras se aplacaron para siempre, quedando rotos los lazos de la antigua servidumbre en que estaba el conturbado y errante género humano, reconciliada ya la voluntad divina, devuelta la gracia, abiertas de par en par las puertas de la eterna bienaventuranza y restablecido el derecho con los medios de conseguirla.

Entonces, despierto el hombre de aquel mortífero y continuo letargo en que yacía, vió la luz de la verdad tan deseada y que buscaron en vano siglos y siglos; desde luego conoció que había nacido para unos bienes más altos y seguros que los que se perciben con los sentidos, frágiles y pasajeros, y en los cuales había puesto el fin de todos sus pensamientos y cuidados; conoció también que esta era la constitución de la vida humana, que esta era la ley suprema, y que todas las cosas deben dirigirse á Dios como á su fin para que habiendo salido de Él, á Él volvamos algún día.

De este principio y fundamento surgió renovada la conciencia de la dignidad humana, y los corazones recibieron el sentimiento de la fraternal caridad de todos.

Entonces los deberes y los derechos, como era consiguiente, en parte fueron perfeccionados y en parte constituidos íntegramente, y á la vez, las virtudes se exaltaron hasta un punto que no lo pudo nunca sospechar siquiera ninguna filosofía; y de aquí que los consejos, las costumbres y la conducta de la vida tomaran otro rumbo, y cuando el conocimiento del Redentor hubo afluído copiosamente, y su virtud, que excluye la ignorancia y los antiguos vicios, se hubo fundido en las íntimas arterias de los pueblos, entonces se obtuvo aquella mudanza de cosas de las gentes que, adquirida por la humanidad cristiana, cambió radicalmente la faz de todo el orbe.

El recuerdo de todas estas cosas que hasta aquí hemos dicho, lleva consigo, Venerables Hermanos, un inmenso consuelo, al mismo tiempo que una gran fuerza para exhortar. puesto que debemos estar agradecidos y mostrar, en cuanto podamos, Nuestro mismo agradecimiento al Divino Salvador.

Nos hallamos separados desde muy antiguo de los principios, bases ó fundamentos de nuestra restaurada salvación: sin embargo, nos ha de importar esto, cuando es perpetua la virtud de la redención, y sus beneficios son inmortales y han de permanecer eternamente?; el que una vez reparó la naturaleza perdida por el pecado, la conserva y la ha de conservar para siempre: *Se entregó Él para la redención de todos...* (1). *En Cristo, todos serán vivificados...* (2). *Y su reino no tendrá fin* (3). Así, pues, por voluntad eterna de Dios, está en Jesucristo puesta toda salvación nosolamente de algunos sino de todos los mortales; pues aquellos que de él se alejan asimismo por esto se condenan á su propia ruina, guiados por un ciego furor; y al mismo tiempo cuanto es de su parte hacen porque la sociedad humana, como arrebatada por gran ímpetu, caiga en aquellos grandes males ó infortunios de que nos libró el Redentor por su misericordia y piedad.

Incurren en un error harto trivial, que los aparta muy lejos del fin deseado, quienes se extravían por el otro camino; del mismo modo, si se rechaza la clara y pura luz de la

(1). 1 Tim., II, 6.—(2) 1 Cor., XV, 22.—(3) Luc., I, 33.

verdad, es porque los ánimos están ofuscados y como infatuados de la miserable perversidad de las opiniones.

¿Qué esperanza de salud puede haber para aquéllos que abandonan el principio y fuente de la vida? Cristo es únicamente el camino, la verdad y la vida: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1); de tal manera, que sin él necesariamente caen por tierra estos tres principios indispensables para la salvación de todos.

Consideramos ahora lo que la realidad misma enseña diariamente y lo que aún en la mayor afluencia de bienes mortales experimenta todo el mundo, á saber: que nada puede haber fuera de Dios en que la voluntad humana descanse de un modo absoluto y completo. El único fin del hombre es Dios, y la vida que hacemos en la tierra es una verdadera semejanza é imagen de cierta peregrinación. Ahora bien; para nosotros Jesucristo es el camino, porque desde esta vida mortal, tan llena de trabajos y de dudas, no podemos de ninguna manera llegar á Dios, sumo, único y principal de los bienes, si no somos guiados y conducidos por Cristo. *Nadie viene á mí sino por el Padre* (2).

¿Y cómo podríamos conseguir esto sino por Él? Pues, en primer lugar, y muy principalmente por su gracia, la cual, sin embargo, sería vacía ó vana en el hombre que desprecia sus preceptos y leyes. Pues para conseguir esto, una vez adquirida la salud por Cristo, hizo que su ley fuese la custodia y directora del género humano, con cuyo gobierno se separasen los hombres de sus maldades y se dirigiesen seguros á su Dios. *Id y enseñad á todas las gentes... enseñándoles á observar todo lo que yo os he mandado...* (3). *Guardad mis mandamientos* (4). De donde resulta que es lo más principal y necesario para la profesión de la fe cristiana el mostrarse docil á los preceptos de Jesucristo y sujetar completamente la voluntad á él como á nuestro dueño y Supremo Rey.

Cosa grande y difícil de conseguir y que muchas veces requiere trabajo intenso y esfuerzo y constancia, pues aunque la humana naturaleza fué reparada por la misericordia del Redentor, sin embargo, todavía en cada uno de nosotros queda cierta enfermedad, la enfermedad y el vicio de la naturaleza.

(1) Joann., XIV, 6.—(2) Joann., XVI, 6.—(3) Math., XXVIII, 19-20.—(4) Joann., XIV, 15.

Los diversos apetitos traen al hombre de acá para allá, y fácilmente lo impelen hacia los halagos de los placeres mundanos para que siga más bien lo que le agrada que lo mandado por Jesucristo. De aquí que hemos de poner todo nuestro empeño en rechazar con todas nuestras fuerzas á las pasiones en obsequio de Cristo; las cuales si no obedecen á la razón se constituyen en dueñas y señoras del hombre haciéndolo su siervo y quitando el hombre entero á Cristo.

Los hombres de entendimiento extraviado, réprobos en cuanto á la fe, se ve que son esclavos, pues s' ven á una triple pasión, la sensualidad, el orgullo y las diversiones mundanas (1); y en esta lucha de tal manera debe el hombre empeñarse que lleve con agrado por causa de Cristo las molestias ó innumerables incomodidades que en este mundo ha de sufrir.

Difícil es, en verdad, rechazar lo que con tanta fuerza nos atrae y nos deleita: duro y áspero, el despreciar, sujetándose al imperio y voluntad de Cristo, Nuestro Señor, aquellas cosas que consideramos como bienes del cuerpo y de fortuna; pero es necesario que el hombre cristiano se muestre sufrido y fuerte en sobrellevar esto que se le ha dado para su vida, si quiere conducirse bien.

¿Nos hemos olvidado acaso cuyo es el cuerpo y cuya es la cabeza de que somos miembros? Con grandé gozo llevó la cruz el que nos prescribió la abnegación de nosotros mismos.

Y en esta disposición del alma de que hablamos consiste precisamente la dignidad de la naturaleza humana. Pues los mismos sabios de la antigüedad bien han reconocido que el dominarse á sí mismos y hacer que la parte inferior del alma se sujete á la superior, no indica debilidad ó abatimiento de la voluntad, sino antes bien cierta generosa virtud, en gran manera conveniente á la razón, y que es, á la vez digna del hombre.

Por lo demás, hemos de sufrir y padecer mucho: tal es la presente condición del hombre. No puede el hombre gozar una vida exenta de dolores y llena de goce y felicidad sin borrar de algún modo el decreto, la voluntad de su divino Fundador y Criador, que quiso se perpetuasen las consecuencias de aquel primer pecado. Muy conveniente es, por lo tanto, no esperar en la tierra el término de los dolores,

(1) S. Aug., *De vera relig.*, 37.

sino fortalecer nuestro ánimo para mejor soportarlos, con lo cual somos instruidos con la esperanza cierta de los mayores bienes.

Pues Cristo no asignó á las riquezas, ni á la vida delicada ni á los hombres, ni al poder, sino á la paciencia con lágrimas y afán de justicia y al corazón limpio, la felicidad sempiterna en el cielo.

Fácilmente se deduce de lo expuesto qué se puede esperar de error y soberbia de aquellos que despreciando el reino de Cristo ponen y encumbran á un hombre mortal sobre todas las cosas y proclaman que es preciso acatar en todo la humana razón y la naturaleza vana, mientras no pueden ni alcanzan á definir cuál sea este reinado.

El reino de Cristo tiene su fuerza y forma en la caridad divina, y su principio y fundamento es el amor santa y ordenadamente. De lo cual fluye necesariamente, que todo deber ha de ser guardado inviolablemente; que en nada se han de mermar los derechos ajenos: que se han de reputar por inferiores las cosas humanas á las celestes, y anteponer el amor de Dios á todas las cosas. Y esta dominación del hombre sobre sí mismo toda estriba en el amor de Cristo, á quien rechazar ó empeñarse en no conocer es propio de alma vacía de caridad y falta de devoción.

Góbiérne, pues, el hombre en nombre de Jesucristo, pero con esta sola y única condición: la de servir á Dios primeramente ó inspirar en la ley divina su norma y sistema de vida.

Entendemos por ley de Cristo, no solamente los preceptos naturales de las costumbres y todo lo que los antiguos recibieron directamente de Dios y que Cristo perfeccionó á maravilla declarándolo y sancionándolo sabiamente; sino que entendemos además comprendido en ello el resto de su doctrina y todas las cosas verbalmente establecidas por El. Y de todo ello la Cabeza es la Iglesia; aún más, de nada se hace Jesucristo Autor ó Legislador que la Iglesia no lo comprenda ó abraza como propio.

Por fin, con el ministerio de la Iglesia, quiso perpetuar gloriosamente el cargo que le señaló su Padre, dándola y confiriéndola por una parte todos los auxilios conducentes á la salvación del linaje humano, y por otra, sancionando seriamente que en lo sucesivo los hombres obedeciesen á la Iglesia y con todo empeño la tuviesen por guía en la carrera de esta vida mortal: *Quien á vosotros oye, á Mi oye; quien á*

vosotros desprecia, á Mi desprecia (1). Por lo cual la ley de Cristo se ha de buscar totalmente en la Iglesia, y así el camino seguro para el hombre serán Cristo y la Iglesia á la vez; Aquel por sí mismo y por su naturaleza, y ésta por mandato especial y divino y por comunicación de la potestad. De todo lo dicho se sigue con evidencia que todos aquellos que pretenden alcanzar la salvación fuera de la Iglesia siguen caminos extraviados y, en vano se esfuerzan para conseguirlo.

Y lo mismo acaece con los individuos que con las naciones, las cuales forzosamente caen en el abismo de la ruina si se apartan del *Camino*. El Hijo de Dios procreador y redentor de la naturaleza humana es Rey y Señor de todo el universo mundo y tiene la potestad y sumo dominio sobre cada uno de los hombres en particular y sobre toda sociedad civil que ellos constituyan. *Dióle toda potestad y honor y reino; y todos los pueblos, tribus y lenguas servirán al Mismo* (2). *Yo, pues; estoy constituido como rey por Él... Y te dará las gentes en herencia tuya, y tu posesión tendrá por límites los términos de la tierra* (3).

Debe, pues, en toda sociedad humana estar en vigor la ley de Cristo, de suerte que no tenga carácter privado solamente, sino público, y sea á la vez guía y maestra de toda norma de vida. Y porque esto ha dispuesto así y así decretado por Dios, á nadie es lícito el impugnarlo; y así mal proveerán los intereses y beneficios de los estados quienes pretendan establecer los cimientos de todo orden social fuera de un régimen genuinamente cristiano.

Apartada de Jesús, la razón humana cae en la abyección privada de luz y de socorro, se oscurece la noción de toda causa, la cual, como tiene á Dios por autor, engendra la sociedad común, la que consiste principalmente en que los ciudadanos por medio de la ayuda de la unión y vínculo civil consigan el bien natural, entendiéndose por tal aquel que está por muy encima de todo lo terreno y es congruente con todo don perpetuo y perfectísimo. Ocupadas las mentes en tal confusión de ideas, entran por un camino dudoso tanto los que mandan como los que obedecen, y no tienen norma segura ni para proseguir adelante, ni para permanecer firmes.

(1) Luc., X, 16.—(2) Dan., VII, 14 —(3) Ps. II.

De qué suerte sea desdichado y calamitoso errar el camino recto, se verá por lo pernicioso que sea también apartarse de la verdad. La primera, absoluta y esencial verdad es el mismo Cristo, como que es el Verbo de Dios, consubstancial y coeterno con el Padre y uno mismo con Él. *Yo soy la Verdad, el Camino y la Vida*. Así, pues, si se busca la verdad, es menester que la razón humana obedezca en todo á Jesucristo y á su magisterio, por lo mismo que la misma verdad habla por boca del mismo Cristo.

Muchísimas cosas hay en las que puede espaciarse libremente el ingenio humano, como en un campo ubérrimo y feracísimo, contemplando é investigando, y esto no sólo por concesión, sino hasta por exigencia de la naturaleza misma. Pero es ilícito y contra la razón natural no querer limitar los fueros de la mente humana, en sus ciertos y propios linderos, y, rechazando las leyes de la debida modestia, despreciar la autoridad del magisterio de Cristo. Porque la doctrina de la cual depende nuestra salvación, versa toda ella acerca de Dios y acerca de cosas todas divinísimas, y nunca ciencia humana alguna bastó para crearla, antes bien, únicamente el Hijo de Dios la recibió y sacó toda de su Padre Celestial: *Las palabras que me diste, son las que á ellos he dado* (1).

Por lo cual es necesario que comprenda muchas cosas, no que repugnen á la recta razón, ya que esto no puede ser en modo alguno, sino otras cuya alteza no podemos abarcar ni con el pensamiento ni comprender con nuestro limitado raciocinio, como es el entender tal cual es en sí Dios Nuestro Señor. Ahora bien, si tantas cosas existen ocultas y tan secretas por su naturaleza misma, que no puedan ser investigadas por ninguna humana diligencia, acerca de cuya existencia ningún entendimiento se atreverá á dudar; sera ciertamente propio de los que abusan con perversidad de su libre albedrío no admitir la existencia de cosas puestas muy sobre el alcance humano, porque no es dado al hombre percibir las tales cuales ellas sean.

A esto pertenece el rechazar todo dogma y declarar inadmisibles la sagrada religión cristiana. Pero hay que inclinar el entendimiento con humildad y sin condiciones en obsequio á Jesucristo hasta tanto que sea aquel como cautivo de la divinidad é imperio de Éste, *reduciendo á cautiverio*

(1) Jo., XVII, 8.

todo entendimiento en obsequio de Jesucristo (1). Y este total obsequio es el que Cristo quiere se le tribute, y lo quiere con todo derecho, pues es Dios, y por lo mismo, así como ha de imperar en las voluntades de los hombres, ha de hacer lo mismo en las inteligencias. Y al servir el hombre á Cristo con su inteligencia, no lo hace servilmente, sino de un modo muy conforme á la razón y á su nativa excelencia, pues con su voluntad acata el imperio, no de un hombre cualquiera, sino del autor suyo y monarca de todo, que es Dios mismo, al cual debe estar sujeto por ley de naturaleza. Y no se diga en manera alguna que se oprime su dignidad ante la opinión humana, antes bien, aquélla se ensalza con una verdad eterna é inmutable. Así, pues, todo bien intelectual y toda la plenitud de la libertad se alcanzan con ello.

La verdad que se deriva del magisterio de Cristo, pone de manifiesto lo que vale y en lo que debe estimarse cada cosa, y el hombre, imbuido en tal conocimiento, si obedeciere á la verdad que percibe, en lugar de hacer servir su razón á la concupiscencia, haría que ésta sirviese á aquélla, y, apartada de sí la pésima servidumbre del error y del pecado, se regeneraría entre la más excelente de todas las libertades. *Conocereis á la verdad, y la verdad ha de libraros* (2).

Queda bien patente, pues, que toda inteligencia que rechaza el imperio y tutela de Cristo con voluntad pérfida lucha contra Dios. Y emancipados los que así piensan de la potestad divina, no por esto serán más libres; puesto que han de caer en manos de otra cualquiera potestad humana, y han de elegir, como suele acaecer, un hombre cualquiera á quien oígan, obedezcan ó sigan como maestro y guía. De ahí, cerrada su inteligencia á la comunicación de las cosas divinas, la hacen revolver en un círculo vicioso de una ciencia limitada y mezquina, y hasta en aquellas mismas cosas que suelen conocerse más por medio de la razón natural son menos aptos para aprovechar debidamente.

Hay en la naturaleza de las cosas muchas á las cuales ayuda no poco la luz de la doctrina de lo alto para comprenderlas ó explicarlas, y para castigar muchas veces Dios la culpa de su soberbia, permite que no vean la verdad tal cual ella es para que lleven el castigo en aquello mismo en que pecaron. Por esto se ven hoy día muchísimos ingenios

(1) II Cor., X, 5. (2) Jo. VIII, 32.

privilegiados por su erudición exquisita, que al investigar los misterios de la naturaleza persiguen teorías tan absurdas que puede decirse que nadie erró más torpemente que ellos.

Tóngase, pues, por cosa cierta que ha de entregarse totalmente la inteligencia humana, para vivir vida de cristiano, á la autoridad divina. Y si por aquello de que la razón ceda á la autoridad, aquel orgullo íntimo que tanta fuerza tiene en nosotros se rebela y lamenta con dolor, se sigue que es más necesario todavía al cristiano el sacrificio del entendimiento que el de la voluntad.

Y por esto queremos recordar que los que se forjan en su mente una ley y manera de sentir y obrar más ancha y muelle en la vida cristiana, de preceptos más suaves y conformes con su floja inclinación y más benignos con la humana naturaleza, no han de ser jamás tolerados ni oídos con benevolencia. No comprenden los tales la fuerza de la fe y de las instituciones cristianas, no ven que á cada paso la Cruz nos sale al encuentro, como estandarte perpetuo y ejemplar para todos aquellos que real y verdaderamente, y no solo de nombre, quieran seguir á Cristo.

Propio es de sólo Dios ser Vida verdadera; todas las otras naturalezas son participantes de la Vida, pero no han sido ellas la Vida jamás. Desde toda la eternidad, por su peculiar naturaleza, Cristo es la *Vida*, del mismo modo que es la *Verdad*, porque es Dios de Dios. Del Mismo, como de altísimo principio, fluye en el mundo toda vida y fluirá perpetuamente todo lo que es, es por El mismo; todo lo que vive, por El mismo vive, porque todas las cosas por el Verbo fueron hechas, y *sin Él nada se hizo de cuanto hay hecho*.

Esto acaece en cuanto á la vida de la naturaleza, pero muchísimo más en la otra vida más excelente que debemos á Cristo y de la que hemos hecho mención, es á saber: *la vida de la gracia*, á la cual debemos referir todos nuestros pensamientos y acciones. Y en esto estriba toda la fuerza de la doctrina y leyes cristianas, en que *muerdos para el pecado vivamos para la justicia* (1), esto es, para la santidad y virtud en que consiste la vida moral de las almas con la esperanza cierta de una bienaventuranza perpetua.

Se puede muy propiamente decir que nada alimenta mejor el espíritu de la justicia que la fe cristiana, la más

(1) I Pet. II, 24.

apta también para la salvación. *El justo vive de la fe* (1). *Sin la fe es imposible agradar á Dios* (2). Así, pues, el implantador y padre de la fe, y el que en nuestras almas la mantiene, no es otro que el mismo Jesucristo, y Él es quien sustenta y conserva en nosotros la vida moral, y esto de un modo muy principal por medio del ministerio de la Iglesia. Y con benigno y providentísimo parecer entregó á ésta todos los medios aptos para engendrar esta vida de fe de que hablamos, y, una vez engendrada, la conservaran y defendieran, y la hiciesen renacer si por acaso se extinguía. Pero toda esta fuerza procreatriz y conservadora de las virtudes se estrella si la norma y disciplina de las costumbres se aparta de la fe divina, y es cosa manifiesta que pretenden despojar al hombre de su altísima dignidad, despojándole de la vida sobrenatural y haciéndole revolver en los horrores de naturalismo grosero, los que intentan ó quieren enderezar las costumbres hacia la honestidad por medio del magisterio único de la razón.

No se crea por esto que el hombre no pueda entender y discernir cosas naturales con la luz de su razón; pero aún cuando entendiéndose con ella todas las cosas, y sin ningún tropiezo guardase todo precepto en su vida, lo que no puede ser sin la gracia del Redentor por auxilio, nadie habría que pudiese confiar en su eterna salvación destituido de la fe. *Si alguien no permaneciese en Mí, será echado fuera como una rama, y se secará, y lo recogerán, y lo echarán al fuego y arderá* (3). *El que no creyera será condenado* (4). Y por fin demasiadas pruebas y documentos tenemos ante nosotros, de los frutos que acarrea este menosprecio de la fe. ¿Por qué causa muchas ciudades trabajan y se esfuerzan hasta debilitarse, sino por establecer y aumentar por todos los medios posibles é imaginables la prosperidad pública?

Dicen que la sociedad civil está ya harto segura y custodiada por sí misma, y que puede, cómodamente, subsistir sin el auxilio de las instituciones cristianas, y que consólo su esfuerzo puede alcanzar la meta apetecida. De ahí viene que los que tienen á su cargo la administración pública, lo hacen de un modo profano y de tal suerte, que en las leyes civiles y en la vida pública de los pueblos hoy nadie hallará ningún vestigio de la religión de nuestros antepasados.

(1) Galat. III, 11.—(2) Hebr. XI, 6.—(3) Joann. XV, 6.—(4) Marc., XVI, 16.

No ven suficientemente lo que hacen, pues destruida la noción de la Divinidad que sanciona lo bueno y lo malo, es forzoso que las leyes menoseaben la autoridad del jefe del Estado y que la justicia vacile, siendo ambas cosas como son dos vínculos firmes y necesarios de toda conjunción y concordia civil. De igual manera, quitada de una vez la esperanza de los bienes inmortales, es muy natural apeteer con afán las cosas mortales y caducas, cada una de las cuales, procura traer á sí con todas sus fuerzas y con ansia desmedida.

De aquí nacen los odios, las emulaciones y envidias, las determinaciones criminales, el descaer, la ruina de toda autoridad y el maquinarse la disolución más loca y criminal de todo principio social. En el exterior, guerras y amenazas; en lo interior, falta de seguridad absoluta; y la vida común de los pueblos aparece manchada con toda suerte de crímenes.

Pero en medio de tanta lucha de pasiones bajas, entre tantos peligros y en tales riesgos que amenazan, hay que buscar un remedio oportuno con madurez y reflexión. Reprimir á los malhechores, restablecer en su primitiva dulzura las costumbres, y por todos los medios evitar los delitos con la paternal tutela de las leyes, es cosa justa y debida, pero no estriba todo en esto.

Mucho más encumbrado está el remedio; una autoridad más alta se ha de invocar que la meramente humana, que toque los corazones, recuerde á todos sus deberes y haga á los hombres mejores, y ésta no es otra que aquella fuerza que ya una vez libró á todo el universo de males semejantes y de una perpetua ruina. Quien haga revivir y fortalecer el espíritu cristiano adormecido, y le libre de toda traba é impedimento, hará renacer también la sociedad humana.

Era peligroso callar la lucha de clases, pero muy santo y conforme recomendar los derechos de ambos con mutua concordia. Si á Cristo oyen, cumplirán todos sus deberes, tanto los dichosos como los infortunados; los unos sentirán que deben cumplir con la caridad y la justicia si quieren ser salvos; los otros, con la resignación y el comedimiento. Admirablemente se afirmarán los cimientos de la sociedad doméstica, así impera el laudable temor á Dios: tanto al prohibir como al mandar, y por la misma razón muchas de las cosas que se prescriben por la naturaleza estarán en pleno vigor en los pueblos y en las naciones. Se verá cómo

deba obedecerse á las potestades legítimas y acatar las leyes, según derecho, no armar sedición alguna y no tramar conspiraciones tampoco.

Y así, donde quiera que presida la ley cristiana y ninguna potestad se lo impida, allí espontáneamente se conservará el orden establecido por la Divina Providencia y la prosperidad é incolumidad florecerán de consuno. La salud universal reclama, pues, volver allí de donde nunca se debiera haber salido, es á saber, á Aquel que es camino, verdad y vida, y no sólo cada uno en particular, sino toda la sociedad en común.

Conviene que ésta sea otra vez restituida á Cristo su Señor, y se ha de conseguir que la vida derivada de Él llene á todos los miembros y partes de la sociedad, y se saturen de ella los mandatos y prohibiciones legales, las costumbres populares, las enseñanzas llanas y caseras, los derechos conyugales, la norma de vida doméstica, los alcázares de los opulentos y los talleres de los obreros.

Y no ignore nadie que de esto depende en su mayor parte la suavidad de costumbres de las gentes tan deseada y apetecida, porque ésta crece y se alimenta no sólo de aquellas cosas que sirven de pábulo al cuerpo, como las riquezas y comodidades, sino de aquellas que pertenecen al espíritu y forman las costumbres loables y el culto de todo linaje de virtudes.

Entre los que están lejos de Cristo muchos más lo están por ignorancia que por voluntad perversa, y mientras muchísimos hallamos deseosos de conocer con todo afán el estado social del orbe y del hombre mismo, poquísimos vemos ocupados en querer conocer al Hijo de Dios. Primero, pues, hay que destruir la ignorancia con el conocimiento de Él, para que desconocido no sea repudiado ó despreciado.

Y exhortamos á los cristianos de todo lugar, condición y jerarquía que por todos los medios imaginables y según la medida de sus fuerzas trabajen para que sea conocida la persona del Redentor, tal cual ella es y merece, á la cual si cada uno mira y considera con cabal juicio y sinceramente, verá con toda claridad no haber nada más saludable en el mundo que su ley, ni más divino y altísimo que su doctrina.

Vuestra autoridad y cooperación, Venerables Hermanos, ha de contribuir por modo muy poderoso á tan noble fin, lo mismo que la diligencia y empeño de todo vuestro

clero. Pensad que es la parte principal de nuestro oficio imprimir en los corazones del pueblo la verdadera noción y la imagen real de Jesucristo, y por medio de la literatura la oratoria, en los colegios, en las escuelas de enseñanza primaria, y en donde quiera que se ofrezca ocasión, explicar sus beneficios y su caridad ardentísima.

De lo que se ha llamado *derechos del hombre* demasiadas cosas ha oído el pueblo; oiga alguna vez, por fin, algo de los *derechos de Dios*. Que este sea el tiempo más oportuno para ello lo indican el amor de muchos á las cosas de piedad recientemente despertado, como dijimos, y de un modo particular la devoción tan manifiesta á la persona del Redentor que hemos de legar, Dios mediante, al siglo venidero en prenda de mejores días. Pero como se trata de una cosa que no hay que esperar de otra parte á no ser de la gracia divina, unidos en afán y caridad instemos con súplicas fervientes á la misericordia del Todopoderoso, á fin de que no permita que perezcan aquellos á quienes libró con su preciosa sangre derramada, que mire propicio á la generación presente que mucho ciertamente delinquiró, pero mucho también á su vez ha sufrido y muy ásperamente en expiación de su delito y que abrazando con benignidad á todos los hombres y gentes, se acuerde de aquellas palabras suyas: *Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas á Mí* (1).

En prenda, pues, de los dones celestiales y en testimonio de nuestra paternal benevolencia, os damos á Vosotros, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo vuestro, de todo corazón la Bendición apostólica.

Dado en Roma en S. Pedro el día 1.º de Noviembre de 1900, de nuestro Pontificado el vigésimo tercero.

LEON, PAPA XIII.

(1) *Johan. XII, 32.*





EPISTOLA ENCYCLICA

DE IESU CHRISTO REDEMPTORE

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

IN AMENSI futura prospicientibus, vacuo a sollicitudine animo esse non licet, immo vero non paucae sunt nec leves extimescendae formidines, cum tot tamque inveteratae malorum causae et privatae et publice insideant; tamen spei ac solatii aliquid videntur hac extrema saeculi divino munere peperisse. Nemo enim existimet, nihil habere ad communem salutem momenti renovatam cogitationem honorum animi, fideique et pietatis christianae excitata studia: quas quidem virtutes revirescere apud complures aut corroborari hoc tempore, satis expressa signa testantur. En quippe in medio illecebrarum saeculi ac tot circumiectis pietati offensionibus, tamen uno nutu Pontificis undique commeare Romam ad limina sanctorum Apostolorum multitudo frequens: cives pariter ac peregrini dare palam religioni operem; oblatae Ecclesiae indulgentiae confisi, perandae aeternae salutis artes studiosius exquirere. Quem praeterea ista non moveat, quae omnium observatur oculis, erga humani generis Salvatorem solito magis incensa pietas? Optimis rei christianae temporibus facile dignus indicabitur iste ardor animi tot hominum millium una voluntate sententiaeque ab ortu ad solis occasum consulantium nomen laudesque praedicantium Iesu Christi. Atque utinam istas avitae religionis velut erumpentes flammam magnum incendium consequatur: exemplumque ecce lens multorum reliquos permoveat universos. Quid enim tam huic aetati necessarium, quam redintegrari late in civitatibus indolem christianam, virtutesque veteres? Illud calamitosum, alios et quidem nimis multos obsurdescere, nec ea, quae ab eiusmodi pietatis renovatione monentur, audire. Qui tamen si *scirent donum Dei*, si reputarent, nihil fieri posse miserius quam descivisse a liberatore orbis terrarum moresque et instituta christiana deseruisse, utique exsuscitent et ipsi sese, certissimumque interitum effugere converso itinere prope-

rarent. — Iamvero tueri in terris atque amplificare imperium Filii Dei, divinorumque beneficiorum communicatione ut homines salvi sint contendere, munus est Ecclesiae ita magnum atque ita suum, ut hoc in opere maxime omnis eius auctoritas ac potestas consistat. Id Nos in administratione Pontificatus maximi, perdifficili illa quidem ac plena curarum, videmur ad hunc diem pro viribus studuisse: vobis autem, venerabiles Fratres, usitatum certe est, immo quotidianum, praecipuis cogitationibus vigilisque in eodem negotio Nobiscum consumere. Verum utrique debemus pro conditione temporum etiam maiora curari, nominatimque per sacri opportunitatem Anni disseminare latius notitiam atque amorem Iesu Christi, docendo, suadendo, hortando, si forte exaudiri vox nostra queat, non tam eis, dicimus qui effata christiana accipere pronis auribus consueverunt, quam ceteris omnibus longe misserrimis, christianum retinentibus nomen, vitam sine fide, sine amore Christi agitantibus. Horum Nos maxime miseret: hos nominatim velimus, et quid agant et quorsum evasuri sint, ni respicerint, attendere.

Iesum Christum nullo unquam tempore nullaque ratione novisse, summa infelicitas est, vacat tamen pervicacia atque ingrati animi vitio: repulsiare ab obvisis iam cognitum, id vero scelus est adeo tetrum atque insanum, ut in hominem cadere vix posse videatur. Principium enim atque origo ille est omnium honorum: hominumque genus, quemadmodum sine Christi beneficio liberari nequiverat, ita nec conservari sine eius virtute potest: *Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri* (1). Quae vita mortali sit, unde insulet Iesus, *Dei virtus et Dei sapientia*, qui mores, quae extrema rerum non satis docent exemplo suo expertes christiani luminis gentes? Quorum qui parumper meminert vel adumbratam apud Paulum (2) caecitatem mentis, depravationem naturae, portenta superstitionum ac libidinum, is profecto delixum misericordia simul atque horrore animi sentiat. — Comperta vulgo sunt, quae memoramus hoc loco, non tamen meditata, nec cogitata vulgo. Neque enim tam multos absilenaret superbia, aut socordia langueracere, si divinorum beneficiorum late memoria coleretur, asepisusque repeteret animus, unde hominem Christus eripuit, et quo provexit. Exheres atque exsul tot iam aetates in interitum gens humana quotidie rapiebat, formidolosis illis illisque implicata malis, quae primorum parentum pepererat delictum, nec ea erant ulla humana ope sanabilia, quo tempore Christus Dominus, demissus e caelo liberator, apparuit. Eum quidem victorem domitorumque *serpentis* futurum, Deus ipse in primo mundi ortu sponderat: i. de in adventum eius intueri acri cum expectatione desiderii saecula consequentia. In eo spem omnem repositam, sacrorum fata vatam perdiu ac luculente coccerant, quin

(1) Act. IV, 12. — (2) Ad Rom. I.

etiam lecti cuiusdam populi varia fortuna, res gestae, instituta, leges, caeremoniae, sacrificia, distincte ac dilucide praesignificaverant, salutem hominum generi perfectam absolutamque in eo fore, qui sacerdos tradebatur futurus, idemque hostia peculiaris, restitutor humanae libertatis, princeps pacis, doctor universarum gentium, regni conditor in aeternitate temporum permensuri. Quibus et titulis et imaginibus et vaticiniis specie variis, re concinentibus, ille designabatur unus, qui propter nimiam caritatem suam qua dilexit nos, pro salute nostra sese aliquando deberet. Sane cum divini venisset maturitas consilii, unigenitus Filius Dei, factus homo, violato Patris numini cumulatissime pro hominibus uberrimeque satisfecit de sanguine suo, tantoque redemptum pretio vindicavit sibi genus humanum. *Non corruptibilibus auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine quasi agni immaculati Christi, et incontaminati* (1). Ita omnes in universum homines potestis iam imperioque suo subiectos, quod cunctorum ipse et conditor est et conservator, vere proprieque redimendo, rursus fecit iuris sui. *Non estis vestri: empti enim estis pretio magno* (2). Hinc a Deo instaurata in Christo omnia. *Sacramentum voluntatis suae, secundum beneplacitum eius, quod proposuit in eo, in dispensatione plenitudinis temporum instaurare omnia in Christo* (3). Cum deesset iesus chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, affingens illud cruci, continuo quievere caelestis irae; conturbato errantique hominum generi antiquae servitutis liberata nexa, Dei reconciliata voluntas, reddita gratia, reclusus aeternae beatitudinis aditus, eiusque potiundae et ius restitutum et instrumenta praebita. Tum velut excitatus et veterno quodam diuturno ac mortifero dispexit homo lumen veritatis conceptum per tot saecula quaesitumque frustra: in primisque agnovit, ad bona se multo aliora multoque magnificentiora natum quam haec sint, quae sensibus percipiuntur, fragilia et fluxa, quibus cognitiones curasque suas antea finierat: atque hanc omnino esse humanae constituit onem vitae, hanc legem supremam huc tamquam ad finem omnia referenda, ut a Deo profecti, ad Deum aliquando revertamur. Ex hoc initio et fundamento recreata revixit conscientia dignitatis humanae: sensum fraternae omnium necessitudinis exceperet pectora: tum officia et iura, id quod erat consequens, partim ad perfectionem adducta, partim ex integro constituta, simulque tales excitatae passim virtutes, quales non suspicari quidem ulla veterum philosophia potuisset. Quamobrem consilia, actio vitae, mores, in alium abiere cursum: eumque redemptoris late fluxisset cognitio, atque in intimas civitatum venas virtus eius, expultrix ignorantiae ac vitiorum veterum, permanasset, tum ea est conversio rerum consecuta, quae, christiana gentium humanitate perita, faciem orbis terrarum funditus commutavit.

(1) 1 Pet. I, 18-19. — (2) 1 Cor. VI, 19-20. — (3) Eph. I, 9-10.

Istarum in recordatione rerum quaedam inest, venerabiles Fratres, infinita iucunditas, pariterque magna vis admonitionis sollicit ut habemus toto animo, reterendamque curemus, ut potest, divino Servatori gratiam.

Remoti ob vetustatem sumus ab originibus primordisque restituae salutis: quid tamen istuc referat, quando redemptionis perpetua virtus est, perennique et in mortalia manent beneficia? Qui naturam peccato perditam reparavit semel, servat idem servabitque in perpetuum; *Dedit redemptionem semetipsum pro omnibus*... (1). *In Christo omnes vivificabuntur*... (2). *Et regni eius non erit finis* (3). Itaque ex aeterno Dei consilio, omnis est in Christo Iesu cum singulorum, tum universorum posita salus: eum qui deserunt, hoc ipso exitum sibi privatim coeco furore consciscunt, eodemque tempore committunt, quantum est in se, ut quam melorum calamitatumque molem proprietate sua Redemptor depulerat, ad eam ipsam convictus humanus magna iactatus tempestate relabatur.

Rapiuntur enim errore vago optata ab meta longius, quicumque in itinera se devia coniecerint. Similiter si lux veri pura et sincera respatur, offundi caliginem mentibus, misereque opinionum pravitate passim infuturi enim necesse est. Spes autem sanitatis quota potest esse reliqua iis, qui principium et fontem vitae deserant? Atqui via veritas et vita Christus est unico. *Ego sum via, et veritas et vita* (4): ita ut, eo posthabito, tria illa ad omnem salutem necessaria principia tollantur.

Num disserere est opus, quod ipsa res monet assidue, quodque vel in maxima mortalium bonorum affluentia in se quisque penitus sentit, nihil esse, praeter Deum, in quo voluntas humana absolute possit atque omni ex parte quiescere? Omnino finis homini, Deus: atque omnis haec, quae in terris degitur, aetis similitudinem peregrinationis cuiusdam atque imaginem verissime gerit. Iamvero via nobis Christus est, quia ex hoc mortali cursu, tam laborioso praesertim tamque incipiti, ad summum et extremum bonorum, Deum, nulla ratione pervenire, nisi Christo auctore et duce, possumus. *Nemo venit ad Patrem, nisi per me* (5). Quo modo nisi per eum? Nempe in primis et maxime, nisi per gratiam eius: quae tamen *vacua in homine foret, neglectis praecceptis eius et legibus*. Quod enim fieri, parva per Iesum Christum salute, oportebat, legem ipse suam reliquit custodem et procratricem generis humani, qua nimirum gubernante, a vitae pravitate conversi, ad Deum homines sum securi contenderent. *Euntes docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*... (6). *Mandata mea servate* (7). Ex quo intelligi debet, illud esse in professione christiana praecipuum planeque necessarium, praebere se ad Iesu Christi praeccepta docilem eique, ut domino ac regi summo, obnoxiam ac

(1) Tim. II, 6. — (2) 1 Cor. XV, 22. — (3) Luc. I, 33. — (4) Io. XIV, 6. — (5) Io. XIV, 6. — (6) Matth. XXVIII, 19-20. — (7) Io. XIV, 15.

devotam penitus gerere voluntatem. Magna res, et quae multum saepe laborem vehementemque contentionem et constantiam desiderat. Quamvis enim Redemptoris beneficium humana sit reparata natura, superstes tamen in unoquoque nostrum velut quaedam aegrotatio est, infirmitas ac vitiositas. Appetitus varii huc atque illic hominem rapiunt, rerumque externarum illecebrae facile impellunt animum ut, quod lubeat, non quod a Christo imperatum sit, sequatur. Alqui tamen contra nitendum, atque omnibus viribus repugnandum est cupiditatibus in obsequium Christi: quae nisi parent rationi, dominantur, totumque hominem Christo ereptum, sibi faciunt servientem. *Homines corrupti mente, reprobi circa fidem, non efficiunt ut non serviant... serviunt enim cupiditati triplici, vel voluptatis, vel excellentiae, vel spectaculi* (1). Atque in eiusmodi certamine sic quisque affectus esse debet, ut molestias etiam et incommoda sibi suscipienda, Christi causa, putet. Difficile, quae tanto opere allicunt atque oblectant, repellere: durum atque asperum ea, quae putantur bona corporis et fortunae, praee Christi domini voluntate imperioque contemnere: sed omnino christianum hominem oportet patientem et fortem esse in preferendo, si vult hoc, quod datum est vitae, christiane traducere. Oblitine sumus cuius corporis et cuius capitis simus membra? Proposito sibi gaudio sustinuit crucem, qui nobis ut nosmetipsos abnegaremus praescipuit. Ex ea vero satisfactione animi, quam diximus, humanae naturae dignitas pendet ipsa. Quod enim vel sapientia antiquorum saepe vidit, imperare sibi effereque ut pars animi inferior obediat superiori, nequaquam est fractae voluntatis demissio, sed potius quaedam generosa virtus rationi mirifico congruens, in primisque homine digna. — Ceterum, multa ferre et perpeti, humana conditio est. Vitam sibi dolore vacuam atque omni expletam beatitudine extruere non plus homo potest, quam divini conditoris sui delere consilia, qui culpae veteris consecretaria voluit manere perpetua. Consentaneum est ergo, non expectare in terris finem doloris, sed firmare animum ad ferendum dolorem, quo scilicet ad spem certam maximorum bonorum erudimur. Neque enim opibus aut vitae delicatiori neque honoribus aut potentiae, sed patientiae et lacrimis, studio iustitiae et mundo cordi sempiternam in caelo beatitudinem Christus assignavit.

Hinc facile apparet quid sperari denique ex eorum errore superbiaque debeat, qui, spreto Redemptoris principatu, in summo rerum omnium fastigio hominem locant, atque imperare humanam naturam omni ratione atque in omnes partes statuunt oportere: quamquam id regnum non modo assequi, sed nec definire, quale sit queunt. Iesu Christi regnum a divina caritate vim et formam sumit diligere sancte atque ordine, eius est fundamentum et summa. Ex quo illa necessario fluunt, officia inviolate servare: nihil alteri de iure detrahere: humana caelestibus inferiora ducere: amorem Dei

(1) S. Aug. De vera rel. 37.

rebus omnibus antepone. Sed isthaec dominatio hominis, aut aperte Christum reiicientis aut non curantis agnoscere, tota nititur in amore sui, caritatis expert, devotionum nescia. Imperet quidem homo per Iesum Christum licet: sed eo, quo solo potest, pacto, ut primum omnium serviat Deo, eiusque ab lege normam religiose patet disciplinamque vivendi.

Legem vero Christi dicimus non solum praecepta morum naturalia, aut ea quae accipere antiqui divinitus, quae utique Iesus Christus omnia perfecit et ad summum adduxit declarando, interpretando, sciendo: verum etiam doctrinam eius reliquam, et omnes nominatim ab eo res institutas. Quarum profecto rerum caput est Ecclesia: immo ullaene res numerantur Christo auctore instituta ex quas non illa cumulate complectantur et contineat? Porro Ecclesiae ministerio, praeclarissime ab se fundatae, perennare munus assignatum sibi a Patre voluit: cumque ex una parte praesidia salutis humanae in eam omnia contulisset, ex altera gravissime sanxit, ut homines perinde subessent ac sibimetipsi, eademque studiosae et in omni vita sequerentur duces: *qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit* (1). Quocirca omnino potenda ab Ecclesia le, Christi est: ideoque via homini Christus, via item Ecclesia: ille per se et natura sua; haec, mandato munere et communicatione potestatis. Ob eam rem quicumque ad salutem contendere seorsum ab Ecclesia velint, falluntur errore vise, frustaque contendunt.

Quae autem privatorum hominum, eadem fere est causa imperiorum: haec enim ipsa in exitu pernicioso incurrrere necesse est, si digrediantur de via. Humanae proreositor idemque redemptor naturae, Filius Dei, rex et dominus est orbis terrarum, potestatemque summam in homines obtinet cum singulis, tum iure sociatos, *Dedit ei potestatem, et honorem, et regnum: et omnes populi, tribus et linguae ipsi serviunt* (2). *Ego autem constitutus sum rex ab eo... Dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae* (3). Debet ergo in convictu humano et societate lex valere Christi, ita ut non privatae tantum ea sit, sed et publicae dux et magistra vitae. Quoniamque id ita est provisum et constitutum divinitus nec repugnare quisquam impune potest, idcirco male consulti rei publice ubicumque instituta christiana non eo, quo debent, habeantur loco. Amoto Iesu, destituitur sibi humana ratio, maximo orbata praesidio et lumine: tum ipsa facile obscuratur notio causae, quae causa, Deo auctore, genuit communem societatem, quaeque in hoc consistit maxime ut, civili coniunctione adiutrice, consequantur cives naturae bonum, sed prorsus summo illi, quod supra naturam est perfectissimoque et perpetuo honore convenienter. Occupatis rerum confusione mentibus, ingrediuntur itinere devio tam qui parent, quam qui imperant: abest enim quod tuto sequantur, et in quo consistent.

(1) Luc. X, 16.—(2) Daniel, VII, 14.—(3) Ps. II.

Quo pacto miserum et calamitosum aberrare de via, similime deserere veritatem. Præsertim et absoluta et essentialis veritas Christus est, utpote Verbum Dei, consubstantiale et coæternum Patri, unum ipse et Pater: *Ego sum via, et veritas*. Itaque, si verum quaeritur, pareat primum curium Iesu Christo, in eiusque magisterio secura conquiescat humana ratio, propterea quod Christi voce oquitur ipse veritas. — Innumeralia genera sunt, in quibus humani facultas ingenii, velut in uberrimo campo et quidem suo, investigando contemplandæque, libere excurrat, idque non solum concedente, sed plane postulante natura. Illud nefas et contra naturam, contineri mentem nolle finibus suis, abiectaque modestia debita, Christi docentis asperrari auctoritatem. Doctrina ea, unde nostra omnium pendet salus, fere de Deo est rebusque divinissimis neque sapientia hominis cuiusquam peperit eam, sed Filius Dei ipso ab Patre suo totam hausit atque accepit: *Verba quae dedisti mihi, dedi eis* (1). Idcirco plura necessario complectitur, non quae rationi dissentiant, id enim fieri nullo pacto potest, sed quorum altitudinem cogitatione assequi non magis possumus, quam comprehendere, qualis est in se, Deum. At enim si tam multae res existunt occultae et a natura ipsa involutae, quas nulla queat humana explicare solertia, de quibus tamen nemo sanus dubitare ausit, erit quidem libertate perverse utentium non ea perferre quae supra universam naturam longe sunt posita, quod percipere qualia sint non licet. Nolle dogmata huc plane recidit, christianam religionem nullam esse velle. Porro flectenda mens demisse et obnoxie in obsequium Christi usque adeo, ut eius nomine imperioque velut captiva teneatur: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (2). Tale prorsus obsequium est, quod Christus sibi tributum vult; et iure vult, Deus est enim, propterea quae sicut voluntatis in homine, ita ei intelligentiae unus habet summum imperium. Serviens autem intelligentia Christo domino, nequaquam facit homo serviliter, sed maxime convenienter tum rationi, tum nativae excellentiae suae. Nam voluntate in imperium concedit non hominis cuiuspiam, sed auctoris sui ac principis omnium Dei, cui subiectus est lege naturae: nec astringi se humani opinione magistri patitur, sed aeterna atque immutabili veritate. Ita et mentis naturale bonum, et libertatem simul consequitur. Veritas enim, quae a Christi magisterio proficiscitur, in conspicuo ponit, unaquaeque res qualis in se sit et quandi qua imbutus cognitione, si perceptae veritati peruerit homo, non se rebus, sed sibi res, nec rationem libidini, sed libidinem rationi subiciet: peccatiue et errorum pessima servitute depulsa, in libertatem praestantissimam vindicabitur: *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos* (3). — Apparet igitur, quorum mens imperium Christi recusat, eos pervicaci voluntate contra Deum contendere. Elapsi autem et potestate divinis, non propterea solutores futuri sunt: incident in

(1) Io XVII, 8. — (2) II. Cor. X, 5. — (3) Io. VIII, 32.

potestatem aliquam humanam: eligent quippe, ut fit, unum aliquem, quem audiant, cui obtemperent, quem sequantur magistrum. Ad haec, mentem suam, a rerum divinarum communicatione seclusam, in angustiores scientiae gyrum compellant, et ad ea ipsa, quae ratione cognoscuntur, veniet minus instructi ad proficiendum. Sunt enim in natura rerum non pauca, quibus vel percipiendis, vel explicandis plurimum affert divina doctrina luminis. Nec raro, poenas de superbia sumpturus, sinit illos Deus non vera cernere, ut in quo peccant, in eo plectantur. Utraque de causa permultos saepe videra licet magnis ingeniis exquisitaque eruditione praeditos, tamen in ipsa exploratione naturae tam absurda consecutantes, ut nemo deleterius erraverit.

Certum igitur sit, intelligentiam in vita christiana auctoritati divinae totam et penitus esse tradendam. Quod si in eo quod ratio cedit auctoritati, elatior ille animus, qui tantam habet in nobis vim, comprimitur et dolet aliquid, inde magis emergit, magnam esse in christiano oportere non voluntatis dumtaxat, sed etiam mentis tolerantiam. Atque id velimus meminisse, qui cogitatione sibi fingunt ac plane mallent quamdam in-christiana professione et sentiendi disciplinam et agendi, cuius essent præcepta molliora, quaeque humanae multo indulgentior naturae, nullam in nobis tolerantiam requireret aut mediocrem. Non satis vim intelligunt fidei institutorumque christianorum: non vident, undique nobis occurrere *Crucem*, exemplum vitae vexillumque perpetuum iis omnibus futurum, qui re ac factis non tantum nomine, sequi Christum velint.

Vitam esse, solius est Dei. Ceterae naturae omnes participes vitae sunt, vita non sunt. Ex omni autem aeternitate ac suapte natura vita Christus est. quo modo est veritas, quia Deus de Deo. Ab ipso, ut ab ultimo augustissimoque principio, vita omnis in mundum in fluxit perpetuæque influet: quidquid est, per ipsum est, quidquid vivit, per ipsum vivit, quia omnia per Verbum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est. — Id quidem in vita naturae: sed multo meliorem vitam multoque potiorem satis iam tetigimus supra, Christi ipsius beneficio partam, nempe vitam gratiae, cuius beatissimus est exitus *vita gloriae*, ad quam cogitationes atque actiones referendae omnes. In hoc est omnis vis doctrinae legumque christianarum ut *peccatis mortui, iustitiae vivamus* (1), id est virtuti et sanctitati, in quo moralis vita sanctorum cum explorata spe beatitudinis sempiternae consistit. Sed vere et proprie et ad salutem apte nulla re alia, nisi fide christiana, alitur iustitia. *Iustus ex fide vivit* (2). *Sine fide impossibile est placere Deo* (3). Itaque sator et parens et altor fidelis Iesus Christus, ipse est qui vitam in nobis moralem conservat ac sustentat: idque potissimum Ecclesiae ministerio: huic enim, benigno providentissimoque consilio, administranda instrumenta tradidit, quae hanc, de qua loquimur, vitam figerent, generantem tuerentur,

(1) Pet. I, 24. — (2) Galat. III, 11. — (3) Hobr. XI, 6.

extinctam renovarent. Vis igitur procreatrix eademque conservatrix virtutum *salutarium* elidit, si disciplina morum a fide divina diiungitur: ac sane despoliat hominem dignitate maxima, vitæque delectum supernaturali ad naturalem perniciosissime revolvunt, qui mores dirigi ad honestatem uno rationis magisterio volunt. Non quod præcepta naturæ dispicere ac servare recta ratione homo plura non queat: sed omnia quævis dispiceret et sine ulla offensione in omni vita servaret, quod nisi opitulante Redemptoris gratia non potest, tamen frustra quisquam, expertus fidei, de salute sempiterna confideret. *Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmas; et aresecit, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet* (1). *Qui non crediderit, condemnabitur* (2). Ad extremum quanti sit in se ipsa, et quos pariat fructus ista divinæ fidei contemptrix honestas, nimis multa habemus documenta ante oculos. Quid est quod in tanto studio stabilendæ augendæque prosperitatis publicæ, laborant tamen ac pæne ægrotant civitates tam nullis in rebus tamque gravibus quotidie magis? Utiq; civilem societatem satis aiunt fretam esse per se ipsam: posse sine præsidio institutorum christianorum commode se habere, atque eo, quo spectat, uno labore suo pervenire. Hinc quæ administrantur publicæ, ea more profano administrari malunt: ita ut in disciplina civili vitæque publicæ populorum vestigia religionis avitæ pauciora quotidie videas. At non cernunt satis quid agant. Nam submolo numine recte et prava sancientis Dei, excidere auctoritate principe leges necesse est, iustitiæque collabi quæ duo firmissima sunt conjunctionis civilis maximeque necessaria vincula. Similique modo, sublata semel spe atque expectatione bonorum immortalium, pronum est mortalia sitienter appetere: de quibus trahere ad se, quanto plus poterit, conabitur quisque pro viribus. Hinc æmulari, videre, odisse; tum consilia terrima: de gradu delectam velle omnem potestatem, meditari passim dementos ruinas. Non pacatæ res foris, non securitas domi; deformata sceleribus vita communis.

In tanto cupiditatum certamine, tantoque discrimine, aut extrema metuenda perniciosa, aut idoneum querendum mature remedium. Coercere maleficos, vocare ad mansuetudinem mores populares atque omni ratione deterrere a delectis providentia legum, rectum idemque necessarium: nequaquam tamen in isto omnia. Altius sanatio petenda populorum: advocanda vis humana maior, quæ attingat animos, renovatosque ad conscientiam officii, efficiat meliores: ipsa illa nimirum vis, quæ multo maioribus fessura malis vindicavit semel ab interitu orbem terrarum. Fac reviviscere et valere, amotis impedimentis, christianos in civitate spiritus; recreabitur civitas. Contioscere proclive erit inferiorum ordinum cum superioribus contentionem, ac sancta utrinque iura consistere verecundia mutua. Si Christum audiant, manebunt in officio fortunati aequæ ac miseri:

(1) Io. XV, 6.—(2) Marc. XVI, 16.

alteri iustitiam et caritatem sentient sibi esse servandam, si salvi esse volunt, alteri temperantiam et modum. Optime consistit domestica societas, custode salutari metu iuventis, vetantis Dei: eademque ratione plurimum illa in populis valebit, quæ ab ipsa natura præcipiuntur, vereri potestatem legitimam et obtemperare legitimum ius esse: nihil seditiosum facere, nec per coitiones moliri quicquam. Ita, ubi christiana lex omnibus præsit et eam nulla res impedit, ibi sponte fit ut conservetur ordo divinus providentia constitutus, unde efflorescit cum incolumitate prosperitas. Clamat ergo communis salus, referre se necesse esse, unde nunquam digredi oportuerit, ad eum qui via et veritas et vita est, nec singulos dumtaxat, sed societatem humanam universon. In hanc velut in possessionem suam, restitui Christum dominum oportet, officendumque ut profectam ab eo vitam hauriant atque imbibant omnia membra et partes reipublicæ, ius sa ac vetita legum, instituta popularia, domicilia doctrinæ, ius coniugiorum convictusque domestici, lecta locupletium, officinæ opificum. Nec lugiatur quemquam, ex hoc locupletem magnopere ipsam, quæ aitur et augetur non tam iis rebus, quæ sunt corporis, commoditatibus et copiis, quam iis, quæ sunt animi, laudabilibus moribus et cultu virtutum.

Alieni a Iesu Christo perique sunt ignorantia magis, quam voluntate improba: qui enim hominem, qui mundum studeant dedita opera cognoscere, quam plurimi numerantur: qui Filium Dei, perperam. Primum igitur sit ignorantem scientia depellere, ne repudietur aut seneratur ignotus. Quotquot ubique sunt, christianos obtestamur dare velint operam, quod quisque potest, Redemptorem suum ut noscant, qualis est; in quem ut quis intuebitur mentis sinceram iudicioque integro, ita perspicue cernet nec eius lege fieri quicquam posse salubrius, nec doctrina divinam. In quo mirum quantum allatura adiumenti est auctoritas atque opera vestra, venerabiles Fratres, tum Clerici totius studium et sedulitas. Insculpere populorum in animis germanam notionem ac prope imaginem Iesu Christi, eiusque caritatem, beneficia, instituta illustrare litteris, sermone, in scholis puerilibus, in gymnasiis, in concione, ubicumque se det occasio, partes officii vestri præcipue putato. De iis, quæ appellantur *iura hominis*, satis audit multitudinis: audiat aliquando de iuribus Dei idoneum tempus esse, vel ipsa indicant excitata iam, ut diximus, multorum recta studia atque ista nominatim in Redemptorem tot significationibus testatis pietas, quam quidem sæculo iræsequenti, si Deo placeat, in auspiciis meiis ævi tradiduri sumus. Verum, cum res agatur quam non siliande sperare nisi a gratia divina licet, communi studio summissæ precibus flectere ad misericordiam insistamus omnipotentem Deum, ut interire ne patiar quos ipsemet profuso sanguine liberavit: respiciat hanc propitiis ætatem, quæ multum quidem deliquit, sed multa vicissim ad patiendum aspera in expiationem exaudivit: omniumque gentium generumque homines benigne complexus, meminert suum illud: *Ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (1).

Auspiciem divinorum munerum, benevolentiaque Nostræ paternæ testem vobis, venerabiles Fratres, Clero populoque vestro Apostolicam benedictionem peramanter in Domino imperimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die 1 Novembris anno MDCCC, Pontificatus Nostri vicesimo tertio.

LEO PP. XIII.

(1) Io. XII, 32.